



V.

Después de la cena, el canónigo y su amigo tomaban fresco y departían sabrosamente en el balcón del Hotel.

Desde allí se domina la parte meridional de Pluviosilla: tres barrios que en días serenos y límpidos ofrecen al espectador magnífico panorama.

Esa noche no había nubes en el cielo, y el perfil de las montañas recortaba en graciosas ondulantes líneas la bóveda celeste. Centelleaban las estrellas con viveza y tililación singulares, y allá en el fondo, por sobre las cumbres de Xochiapán, palpaba en cambiantes multicolores el más bello de los astros del polo meridional. Profunda calma señoreaba bosques y linfas, y la brisa perezosa y aletargada no

traía en sus alas ni ruido de frondas ni rumores del inmediato río.

Extasiábase el clérigo ante las pompas de aquella noche tropical, y fijos los ojos en el firmamento, dejaba que su espíritu vagara y se perdiera en las inmensidades del cielo. De pronto, como si salto de fuerzas hubiese caído en tierra, exclamó con solemnidad beatífica:

—“Coeli enarrant gloriam Dei!”.....

Amigo mío:—agregó—y que haya hombres que sean osados á negar la existencia de Dios!

Y prosiguió en tono elocuente, como si hablara desde lo alto del púlpito en la soberbia catedral metropolitana:

—¿Quién tendió por los espacios esa cohorte de luceros? ¿Quién los distribuyó en ese piélago? ¿Quién los creó con peso y medida, y midió sus órbitas, les señaló invariable camino, regularizó su marcha, y encendió sus fuegos, y les dió brillos y colores?

Llamaron en la puerta de la habitación, llamaron al principio timidamente, y después con dos toques más fuertes ¡tan, tan!

—¡Adentro!—dijo don Cosme—¡Adentro!

Abrióse la puerta, y bajo el dintel aparecieron dos jóvenes.

—¡Adelante, caballeritos!—dijo el clérigo.—¡Sean ustedes bien venidos!

Los jóvenes se acercaron, saludando cortesmente.

—Aquí tiene vd., Linares, á los hijos de Lola.... Y volviéndose á éstos exclamó:

—¿Quién es Ramoncillo? ¡Serás tú, que eres el menor! No podrías negarlo porque eres vivo retrato de mi amigo.... ¡Ea! Sentaos, ó venid al balcón, á tomar fresco y á gozar de los encantos de ese cielo y de esas estrellas.

Pronto los cuatro tejían plática interminable.

Pablo trabajaba en el escritorio de una fábrica cercana, donde ganaba poco, pero de donde esperaba salir apto para mejor y lucrativo empleo; Ramón estaba estudiando: iba en el segundo curso de estudios preparatorios, tenía amor á las letras, y pudo fácilmente traducir no sé qué latines clásicos, dichos por el clérigo. Don Cosme habló con Pablo de los rápidos progresos de la ciudad, la cual, merced á su riqueza fluvial, había llegado á ser el primero de los centros fabriles de la República, “la Manchester de Méjico,” como los hijos de Pluviosilla no se cansan de repetir. Don Cosme, cuya devoción y cuyo amor á las cosas de tejas arriba, no eran parte á distraerle de los asuntos terrenos y mundanos, lamentaba que al progreso industrial no se uniera el agrícola que es fuente de constante y general bienestar. El re-

cordaba lo que fué Pluviosilla en los felices años del estanco del tabaco, durante los cuales hasta las mujeres más modestas podían lucir sayas de seda y mantillas costosas; aquellas mantillas españolas que dan á las damas tanta distinción y señorío, noble donaire y apostura de reinas, no como los sombrerillos en uso, todos flores chillonas y cintajos escandalosos!... Se dolía de ello. Aunque por muchos años ausente de Pluviosilla, la amaba con todo el corazón, como que en ella había pasado los mejores lustros de la vida. El había sido, aunque joven, amigo de muy ilustres hijos ó vecinos de la ciudad: Elguero, Couto, Pesado, Tornel. ¡Cómo hizo memoria de aquel Cura del Llano, de perenne recuerdo! ¡Cómo alabó á los Mendozas, á los Rangel, y á los Bustos, gloria de la sagrada catedra! El buen señor ponderaba los adelantos de la ciudad, sus casas nuevas, cómodas, bien ventiladas, hasta elegantes; censuraba los malos edificios públicos, lo mal cuidado del piso de las calles, y echaba de menos aquellas rejas de madera, desaparecidas ya, y que daban á las habitaciones no sé qué aspecto piadoso y monacal. Dijo, con aprobación del canónigo, que había observado, durante las pocas horas que tenía de haber llegado, cierta corrupción de costumbres, delatada por las muchas cantinas que había visto, todas ellas llenas de mozos y de muchachos que

bien podrían estar ocupados en las fábricas, en los despachos ó en las aulas. "En mi tiempo,—decía—no veía vd. nada de esto. Y si cosas así de graves saltan á la vista, ¿por qué caminos apartados y de segura perdición no andaría la inexperta y holgazadora juventud?"

Volvió á caer la plática sobre el hermoso panorama que tenían delante. Por la calle, desde la distante iglesia de la Virgen de los Desamparados hasta el viejo y majestuoso templo de San Francisco, ancha y larguísima calle, (mal alumbrada, en una extensión de cerca de dos mil metros, por cinco focos de luz eléctrica), iban y venían los paseantes: muchos obreros, buen número de menestrales, bastantes chicos, contadas familias, y algunas mozas del partido, como claramente lo decían á cualquier viajero aquel desenfado y aquel descoco de que hacían alarde. Algunos coches, pocos, estacionados cerca del puente, y que, encendidas las linternas, semejaban cocuyos refugiados en la penumbra. En frente una cantina, "El Siglo Eléctrico," lanzaba á torrentes luz y música, la claridad de muchas lágrimas de Edison, y los compases de una habanera, de un danzón ardoroso, lleno de voluptuosidad, tocado con la mayor expresión requerida por el género, y cuyas notas llegaban hasta los oídos de don Cosme como en alas de un

huracán de fuego. De cuando en cuando, un tranvía que llegaba de los pueblos próximos ó de alguna fábrica y del cual descendían obreros cansados, empleadillos de poco sueldo que volvían á sus hogares; muchos extranjeros flemáticos, altivos, con aire de conquistadores silenciosos, y algunas humildes mujeres que se alejaban cargando su cría.

Estas tomaban camino por las calles inmediatas; los otros entraban en la cantina fronterá, ó en otra su vecina, en "El Cometa de Plata," de la cual salían voces y carcajadas, y de tiempo en tiempo el ruido que al chocar producían las bolas del billar.

—Vea vd., señor Doctor!—decía Ramón, señalando hacia el frente, mostrando el paisaje velado por los crespones oscuros de la noche,—allá, tras aquellas montañas, está la hacienda de Mata-Espesa, y más allá, quedan Villaverde y la hacienda que fué del hermano de vd.; en el fondo, tras las últimas cumbres, está Xochiapan, un pueblo muy bonito, del cual fué cura el P. González, que ahora es nuestro párroco; allí queda la primera fábrica que tuvo Pluviosilla; más acá, al Este, la Estación del Mexicano.... ¿Percibe vd. el humo, que tras la espesura de esos árboles, iluminado por la luz eléctrica, parece una fosforescencia misteriosa? Oiga vd.... oiga vd. ese rui-

do, acaso es de un tren de carga.... Ya silba la locomotora.... Vea vd. por allá, detrás de la capilla de la Virgen de los Desamparados, una columna de humo que se acerca.... Es el tren.... Silba primero al pasar por la Hacienda de Fuentelimpia, la que fué de nosotros, y ahora es de unos franceses; después, en el cruce, al pasar por el camino nacional.... Oye vd. el ruido.... ¡Con qué claridad llega! Ahí va... Ya va á pasar el puente de hierro.... Ahí va.... ¡Ya pasó!

Un tren, como una serpiente negra coronada con penachos de humo y de chispas, pasó á lo lejos.... Silbó, volvió á silbar... y entró en la estación.

—Señor don Ramoncito—dijo el canónigo en frase afable.... Mañana he de decir misa en Santa Marta.... Allá te espero.... Después nos acompañarás á recibir á tus tíos y á tus primos. Pablo irá con tu mamá y con tu hermana....

—Yo no puedo ir....—observó Pablo.

—¿Por qué?—preguntó alarmado el clérigo.

—Porque.... no puedo faltar al escritorio. Como no he dado aviso, sería yo merecedor de un réspice, y....

—Tienes razón. Ramón irá con nosotros. Allá veremos á Lola y á Margarita. Ya sé que Elena no podrá ir.

Una bocanada de viento caliente pasó por

el balcón é nizo vacilar en la estancia la flama de la bujía. Crugieron las vigas del techo; crugieron los maderos de las puertas, y don Cosme murmuró contrariado:

—¡Mala visita! ¡Con razón esta tarde, al ponerse el sol, estaba tan rojo el cielo! Sur tendremos....

—Sur tenemos....—replicó Pablo. Vea vd. el cielo.

¡Cómo titilaban las estrellas! ¡Qué brillo y qué luces!

En el reloj de la Parroquia dieron las diez. En la esquina de enfrente, un sereno que dormitaba al lado de su linterna, marcó la hora, dando golpes con su bastoncillo sobre las losas de la acera.... y de muy lejos, desde el fondo del valle, vino otra bocanada de viento abrasador..... Oíanse rumores distantes, rumores de arboledas y de bosques.... El río, al parecer adormecido, como que despertó, y se removió en su lecho pedregoso, dejando escuchar el murmurio de su exhausta, límpida corriente....



VI.

Toda la noche sopló el Sur, y sopló terrible é impetuoso, de modo inesperado en días de mayo, y como sopla en noviembre, pasado el cordonazo de San Francisco. Bufaba en las avenidas, ahullaba en los techos, gemía en los aleros y tejados, y parecía vocear allá á lo lejos en barrancos y bosques, en los fresnos y en los álamos del río, y lanzaba agudos silbidos en los alambres del alumbrado y del telégrafo.

Cuando el canónigo, gran madrugador, listo para ir á celebrar, abrió el balcón, con deseo de contemplar la hermosura del valle á la luz arrebolada del sol naciente, un torrente de polvo y de arena vino sobre él, y le obligó á cerrar la vidriera. A través de los cristales miró hacia la calle y ha-

cia las inmensas montañas que limitan por el Sud la vega del Albano. El cielo semejaba brillante turquesa; la luz inundaba el caserío y los cuadros de caña zacarina. El sol, esplendoroso y purpúreo, surgía inmenso, como un disco de rubí, cuya luz inundaba de sangre las cumbres de Mata-Espesa, los llanos de San Pablo del Río, y los cafetales de Fuentelimpia. El viento desatado alzaba nubes de polvo en las calles, levantaba faldas y arrebatava sombreros á los transeuntes, y pasaba agitando y quebrantando ramas, esparciendo frondas, doblegando copas, y derramando por todas partes sequedad y fuego. Y seguía por el valle, rumbo al Poniente, y á las veces escalaba las montañas. En las colina del Recental revolvía, en oleadas, las mil espigas de salvajes gramíneas; y por el selvoso San Cristóbal maltrataba ramilletes y deshojaba ramilletes. En un huerto cercano, entre los platanares hechos trizas, y entre los sauces estropeados, sólo una araucaria excelsa, gallarda y olímpica, resistía los embates del huracán, siempre victorioso, ilesa su pértiga esbeltísima, galanas é intactas sus plumas de esmeralda.

Llamaban a misa en todos los templos. La devota Pluviosilla no desmentía su abuelengo cristiano, y era maravillosa la sinfonía de todos los campanarios, traída en alas del caluroso viento. La campanita de

Santa Marta, con voz atiplada y regular, gritaba urgentemente; la chiquitina de los Desamparados se quejaba solitaria y doliente; la del Carmen sonaba gravadosa; la de San Rafael nerviosilla é inquieta; la parroquial entonada y seria; la del Calvario torpe y vacilante; la de los franciscos solemne y rotunda. Todas á la vez, se unían en cantos y clamores, en reclamos y rezos, en quejas y notas, en harmonía placentera, matinal, regocijada y piadosa, en conjunto sinfónico, á la par lírico y dramático, en vibrante coro que el viento llevaba aligero por la ciudad y por los campos.

Aun no cesaba la furia del Sur, cuando el clérigo y don Cosme, acompañados del mocito saliero del Hotel para ir á la Estación. Al montar en el tranvía, casi frente á la iglesia de San Francisco, encontráronse con doña Dolores y con Margarita. Iba lleno el carruaje yanquis buscadores de negocios; mercaderes que principiaban sus labores diarias; viajeros fastidiados que se quejaban de los horrores del huracán; un oficial de policía; dos gendarmes; dos pollos, en cuyo rostro se veían las huellas de la parranda y de la orgía; un agricultor vestido de blanco y ostentando en la copa del jarano felposo tamaños monogramas....

Al llegar á la Estación, cuando todos se apresuraban á salir del carruaje, Ramoncito

hizo notar que Pablo, antes de irse á sus labores, había pedido un coche especial para que todos regresaran al Hotel, y que el tranvía estaría allí á la hora oportuna; que era conveniente permanecer allí, á fin de evitarse las molestias del incómodo y descubierto andén.

Don Cosme, retirado en un ángulo del vehículo, y mientras el doctor Fernández departía con doña Dolores y con Margarita, y en tanto que el muchacho se informaba en las oficinas de la Dirección de si el tren no venía retrasado, el bueno de don Cosme examinaba atentamente á las señoras.

Cincuenta años tenía doña Dolores, pero estaba bien conservada y parecía de menor edad. Había sido hermosísima, una de las mujeres más guapas de Villaverde. Pálida, con cierto aire de elegancia y distinción, con grandes ojos negros, con gesto agraciado y abundosa cabellera, en la cual, sobre la frente, brillaban unas cuantas hebras de plata, no había perdido mucho de su belleza juvenil. Gruesa, sin obesidad, sana y robusta, doña Dolores, más que madre de Margarita parecía su hermana mayor.

La joven, desbordante de juventud y de gracia, alta, esbelta y graciosa, rubia la cabellera como haz de trigo maduro, azules los ojos, de carmín los labios, dulce la

sonrisa, delgada la cintura, donairoso el andar, era, al decir de muchas gentes, verdadero retrato de su abuela materna, y más que de ésta, de una hermana de don Ramón, muerta en la flor de la vida.

Efectivamente: en la blonda y simpática señorita perduraban, como una herencia de familia, la hermosura y rasgos típicos y fisonómicos comunes á todas las hembras de su linaje paterno. En Pluvisilla y en Villaverde, desde antaño, es proverbial este dicho: "las Collantes: hermosas las de ahora é iguales á las de antes."

Ni Dolores, ni Margarita, cuando acaeció lo que vamos contando, iban ataviadas con los suntuosos adornos que da la opulencia, ó por lo menos con las galas que proporciona amplio y seguro bienestar. La madre llevaba negra saya de gro; la hija ligero y sencillísimo vestido de muselina blanca, sembrada de florecillas azules, cortado á maravilla, que hacía lucir la grácil esbeltez de su dueño. La señora: tocado de blondas y cintas del color de la saya; la joven: lindo sombrero de paja, decorado con cintas crema y con una guirnalda de rosas veraniegas. Una con guantes oscuros; la otra sin ellos.

A la mirada pertinaz y escudriñadora de los ojuelos de don Cosme, no se escapó detalle alguno. En esto, como en otras co-

sas, era como su primo y tocayo de Villaverde, aquel otro don Cosme Linares á quien ya conocerán mis lectores, tertulio constante del licenciado Castro Pérez, y tan amigo de éste como de don Quintín Porras, flor de los tabeliones villaverdinos. “Bien se ve,—decía para sus adentros el anciano—que en la casa de estas mujeres no es el dinero lo que abunda. Ese vestidillo galano ha costado poco; ese sombrero ha sido hecho á domicilio; ese cuello de seda está marchito.... Cuanto á la señora, es patente que ese vestido tiene años de servirle; esos guantes están diciendo á gritos cosas de mejores días.... Y, en fin, que, positivamente, esa familia ha venido tan á menos, que pronto tendrán en casa mala huésped, la miseria, la horrosa miseria, flaca, hambrienta y exangüe. Pero, no han perdido aun estas pobres gentes la elegancia distinguida de las personas de buena cuna, nacidas y cradas en la abundancia! Y ese muchacho viste bien.... Si, señor muy bien; pero la tela de ese traje.... procede de alguna fabrica del país. A todo tirar de la Enseñada de todos Santos....”

Entregado á estas observaciones y á estos juicios estaba nuestro hombre, cuando Ramoncito entró en el vagón precipitadamente, diciendo:

—No tardará mucho en llegar el tren.... Ya salió del Saltadero.

Muchos pasajeros, apercibidos para ocupar los vagones, recogían bultos y maletillas; iban y venían empleados, y la multitud se separaba en grupos á lo largo de la vía, al borde del andén y bajo los fresnos del jardinito, según la clase de cada uno, y se preparaba á mirar la llegada del tren. Cerca del Restaurant los que irían en tercera; frente á la Administración los de segunda; más arriba los de primera. El mocito condujo al clérigo y á sus acompañantes, hasta el extremo de la arboleda.

El viento languidecía, pero de tiempo en tiempo soplaba con ímpetu feroz, trayendo torrentes de arena y de carbón. Llovía fuego. Acababan de dar las diez de la mañana, y, sin embargo, la temperatura era como la de medio día. Los edificios fronteros al andén, todos con techos de cinc, ennegridos por el humo, y el suelo de la vía y del vastísimo patio cubiertos de menudos trozos de carbón y balastados con peladillas oscuras, recogían y almacenaban el calor solar, y lanzaban sobre la concurrencia oleadas abrasadoras y sofocantes.

Silbó la locomotora en cercana curva; aumentó el movimiento de los que esperaban el tren; volvió á silbar la máquina, una doble máquina majestuosa y soberbia, dando al aire dos inmensos penachos de humo

gris; sonó la campana de aviso, y el tren llegó, y se detuvo.

Nuestros personajes se precipitaron hacia el último coche. En la puerta del vagón venían dos criados franceses. Cada uno traía magníficos ramos de gardenias. Por el ventanillo inmediato á la extremidad posterior del coche, asomaba un caballero delgado y canoso, cubierta la cabeza con una gorra de seda; en los siguientes, dos jóvenes que llevaban sombreros de paja; en el otro una señora mayor y una señorita....

—¡Ellos son!—gritó uno de los jóvenes.
—¡Papá! ¡Aquí están!

Los criados, muy ceremoniosos, abrieron la puerta del vagón y en él entraron las señoras y el canónigo, seguidos de Ramoncito y de don Cosme.



VII

Don Juan se mostró muy cariñoso con la familia de su hermano, y muy contento de su regreso á la patria. Decíase aburrido y fastidiado de la vida europea, por mucho que ésta fuese cómoda y agradable. El buen señor se complacía en visitar las calles nuevas, los nuevos edificios, y se detenía como extático ante los montañosos panoramas de la ciudad nativa. No cesaba de hacer memoria de cosas de antaño, de sucesos remotos y de personas muertas ó idas. ¡Y qué cariñoso y jovial se manifestaba con su cuñada y con Margarita! ¡Cuán afectuoso con el muchacho! ¡Qué gusto me causa el ver á ustedes—decía á cada rato—No cambiaría yo estas horas por las muchas pasadas en París y en Roma y en Madrid!

Y mira tú, Lola:—agregaba—ya supon-
drás tú, cuán llena de interés para mí ha
sido siempre la Ciudad Eterna.... Desde
niño soñaba yo con visitar las catacum-
bas, con recorrer las basílicas, con pasear
en el Pincio y con pasearme entre las rui-
nas del Foro. Nunca, ni en los días más pe-
nosos para mí, en épocas de la gran lucha
para consolidar mi fortuna, perdí la espe-
ranza de ir á Roma, y de postrarme á los
pies del Vicario de Jesucristo. Dios realizó
mis sueños, y no una vez, sino cien, he
besado los pies del Soberano Pontífice. Pío
IX me dió su bendición y tuvo para mí y
para los míos palabras cariñosas y consola-
doras. León XIII ha colmado de bendicio-
nes á mi esposa y á mis hijos, y llevó su be-
nevolencia paternal para conmigo hasta
concederme dos señaladas muestras de su
incomparable bondad. Se dignó darme con
sus propias manos el Pan Eucarístico, y
puso en mi pecho la Cruz de Jerusalem....
Creeme, Lola, creeme, sólo esto es para mí
inferior al placer que en mi alma causan el
aspecto de esta tierra tan amada, la vista
de estas montañas, la contemplación de ros-
tros no vistos por mí en tantos y tantos
años de ausencia; el recuerdo de mi moce-
dad bulliciosa; la memoria de tantos y tan-
tos seres amados perdidos para siempre, y
cuyos ojos no pude cerrar, y cuyas últimas
palabras no pude recoger....

El buen señor saltaba de gozo como un

niño, y en la efusión de su alegría acaricia-
ba á Margarita por modo paternal, abraza-
ba afectuosamente á doña Dolores y bro-
meaba á más y mejor al mocito, quien esta-
ba seducido por la dulce jovialidad de su
tío.

Doña Carmen parecía reservada y poco
afable. No pasaba minuto en que no lanza-
ra una queja acerca de las molestias de la
navegación y del viaje. Ella, por su gusto,
no habría venido. En Europa vivía muy
contenta, muy contenta. Allí no sentía co-
rrer los años ni los meses, ni los días. ¡Era
tan cómoda y tan grata la vida en París! Pa-
ra ella nada como París, nada! ¡Qué pa-
seos! ¡Qué de teatros! ¡Qué teatro aquel de
la Grande Opera! ¡Qué tiendas y qué esta-
blecimientos! ¡Qué comidas! Le habían
contado, y ella había sabido mucho, por los
periódicos, acerca de los adelantos y del em-
bellecimiento de Méjico; pero.... ¡ay!...
¡cuánto iba á padecer en la vetusta ciudad
virreynal! ¡Cómo iba á fastidiarse—mien-
tras en Méjico viviera—sin más espectácu-
los que una mala compañía de ópera, cada
año; teniendo que subir y bajar todos los
días, por las calles de San Francisco y de
Plateros, é ir tarde con tarde á la Calzada
de la Reforma, y cómo iba á echar de me-
nos aquella misa de cada domingo en San
Sulpicio, aquellas fiestas tan graves y solem-
nes de Notre Dame, y aquel culto tan con-

movedor y dulce de Nuestra Señora de las Victorias! Y en cuanto á la mesa. . . . ¡ni ostras de Ostende, ni espárragos de Liibec, ni fresas de Niza!

La señorita, en constante plática con su prima, no se cansaba de contarle cosas de Francia. Larguísimo fué el primer capítulo de modas; la joven estaba enterada hasta del más insignificante pormenor de trajes y vestidos. Esto ó aquello era lo que estaba en privanza; tales ó cuales cosas habían pasado, acaso para no volver nunca, y, según los dichos de los sastres más famosos, en la estación próxima tendríamos muchas novedades. Lo correspondiente á espectáculo tuvo también su capítulo, mejor dicho, sus capítulos, que la niña habló desde lo que á la Opera tocaba hasta de lo referente á las últimas carreras y al gran premio.

Margarita la escuchaba atenta y jovial; Elena la oía triste y silenciosa. Alfonso y Juan se fueron de paseo con Ramoncito, y se fueron resueltos á que Pablo dejara sus quehaceres y pidiera permiso á sus jefes para que todos subieran y bajarán por las calles de Pluviosilla que los recién llegados comparaban,—no sin gran desagrado de doña Dolores—con las calles de una poblacioncilla andaluza, donde los mancebos habían pasado un verano, en compañía de ciertos amigos y condiscipulos, hijos de un cierto marqués, poseedor de una finca vínifera y famoso amigo de don Juan.

Este se echó á la calle solo; no quiso compañero, pues deseaba ir por todas partes como desconocido viajero, á fin de ver si reconocía casas y sitios que antaño fueron familiares para él; juzgar libremente de los avances ó retrocesos de la turrída ciudad, y en suma para que en su ánimo renacieran ó se renovaran recuerdos é impresiones de su ya muy lejana mocedad. Después buscaría á los pocos amigos suyos que en Pluviosilla le quedaban. Por lo pronto no pensaba más que en ir á visitar barrios y edificios, en conocer las fábricas de que tanto le habían hablado y de las cuales tantos prodigios se decían. . . . Y se fué, el canónigo y don Cosme se fueron también camino de Santa Marta. A pasear convidaba la tarde tibia y dorada. Las señoras y las señoritas quedáronse en el Hotel, ocupadas en gravísimo asunto, en sacar trapos y perendengües, traídos por don Juan para obsequiar á sus sobrinas: telas y joyas; cintas y sombrerillos; guantes y naderías.

Doña Carmen se mostraba jovial; doña Dolores afable y agradecida; Margarita contenta; Elena regocijada, por mucho que no le fuera dable admirar los ricos y elegantes obsequios de su tío. María ponderaba la belleza de cada objeto y el gallardo lujo de cada prenda, y de cada cosa decía, y repetía, que mejores no las había en París.